

EL DISCO DURO DE UN

MÉDICO
sin ordenador

JOSÉ PÉREZ CASTILLA

JOSÉ PÉREZ CASTILLA

EL DISCO DURO DE UN
MÉDICO SIN ORDENADOR

El disco duro de un médico sin ordenador

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

- © José Pérez Castilla
- © Fotos de Fuentes de León, Manuel Moya Cobos
- © Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103200

ISBN eBook: 9781524303495

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

A Marianne

*Recuerdos del día del Corpus,
recuerdos del día más grande.
Olor a juncia y romero,
olor a incienso y a flores.
Cuando va pasando Cristo
por las calles de mi Fuentes
se me vuelca el corazón
al recordar a mis padres.
Todo se torna oración,
todo se vuelve más grave.
Es el amor que engendró
mi madre como tu madre.*

José Pérez Castilla

Pregón de las Fiestas del Corpus de Fuentes de León

PRÓLOGO:

EL PADRE, EL HOMBRE, EL MÉDICO

Cuando éramos pequeños mi padre se marchaba a trabajar muy temprano. Regresaba a mediodía —comíamos juntos todos los días— y, después de la siesta, salía para la consulta y llegaba de vuelta a casa cuando ya nos habíamos dormido. Fue mi madre quien se encargó del colegio, de las actividades extraescolares, de consolarnos cuando enfermábamos, cuando discutíamos con algún amigo o cuando rompíamos con el amor de nuestra vida de turno.

Con mi padre recuerdo las interminables sesiones de tiro a portería acompañados de mi hermano Juan José. Yo quería ser portero y cada fin de semana me colocaba entre dos árboles con la esperanza de dejar la portería a cero. (Creo que lloré cada uno de esos sábados y domingos por no conseguirlo).

Y también estaba el Betis. Mi padre nos regaló el Betis llevándonos a mi hermano y a mí todos los domingos de partido al Villamarín, tras aparcar en nuestro «sitio de la suerte». (Es curioso que el Betis, con sus hazañas y sus

espantás, sea el nexo de unión de la familia más de cuarenta años después, y los finales de sus partidos—averiguar cómo hemos quedado— nos dé pie a preguntarnos cómo estamos, cómo nos ha ido la semana o cómo están los nietos).

A mi padre lo veíamos muy poco entre semana, pero se esforzaba por ayudarnos, por ejercer cuando se sentía en la obligación de hacerlo.

A veces ese esfuerzo llegaba de forma extemporánea, como cuando me dijo, sin venir a cuento, que el método más seguro para evitar los embarazos eran los condones. Yo tenía novia por aquel entonces y, aunque lo de hacer el amor todavía nos quedaba muy lejos, me pareció *guay* que mi padre me hablara de sexo así, de sopetón, aprovechando un paseo por la playa una mañana de agosto.

No, mi padre no era de hablar, al menos no de tener conversaciones del tipo padre-hijo, él era un «hombre de acción». Y es curioso que no ha sido hasta hace poco, tras llevar unos cuantos años ejerciendo de padre por mi cuenta, que me he dado cuenta de que mi padre no enseñaba con palabras porque lo hacía con el ejemplo. Y con ese ejemplo me hizo grandes regalos.

Me enseñó a ser generoso y a dejarlo todo por ayudar a quien lo necesite sin importar el momento del día.

Me enseñó a vivir con alegría. Siendo religioso no se reservaba para una «vida mejor», sino que considera la que conoce un regalo que hay que disfrutar con la risa, pero nunca a costa de nadie.

Me enseñó la importancia de la familia convirtiéndose en una especie de «padrino» para todos los que tienen vínculo de sangre con él, cercano y también lejano.

Y, sobre todo, aunque esa lección me llevó más de cuarenta años asimilarla, me enseñó la importancia de trabajar en algo que nos apasione, tal como hizo él desde que lo conocí y sigue haciendo hoy en día a punto de cumplir ochenta años. Porque uno se puede jubilar de un trabajo, pero no puede jubilarse de una pasión.

Este libro no es más que un reflejo de todos los regalos que mi padre hizo; a mí, a mis hermanos y a todas las personas que hemos tenido la suerte de cruzarnos con él en algún momento.

Él me entregó el manuscrito en agosto de 2016, apenas treinta páginas escritas a máquina (lo de «sin ordenador» puedo dar fe de que no es una manera de hablar) y yo me dije *Otro escritor*.